

LAS DIECINUEVE HORAS DE GIACOMO

a cargo de Alessandra Stoppa

Es tan raro ver la realidad como verdaderamente es que cuando sucede, se apodera de nosotros el temor de ser unos visionarios. Parece “demasiado” que en un momento dado todo lo que sucede en un día se convierta en signo. Pero si un niño, «el más maltrecho de nosotros», como dice su padre Mirco, viviendo apenas un día, ha sido un bien para la vida de todos, quizá hay una hondura en la realidad que habitualmente no advertimos. Merece la pena entender lo que ha sucedido en Bolonia, en el hospital de Santa Úrsula.

Se conoce al equipo de ginecología del hospital por sus interrupciones del embarazo y su labor de fecundaciones in vitro. Aquí, el primero de octubre, vino al mundo Giacomino, con una malformación incompatible con la vida. Habitualmente a un niño de estas características se le descarta desde el principio. Él nacería, pero para morir inmediatamente. Pero las cosas se han dado de otra manera. En pocas horas revolucionó al equipo y el corazón y el trabajo de los que estaban ahí. Hasta al punto de que hoy se habla de un proyecto de atención paliativa para recién nacidos como él. Lo cual era impensable en un lugar como este un día antes.

Todo en esta historia ha ido en la misma dirección. Antes de que llegase Giacomo, cuenta Mirco, «vivía tratando de controlarlo todo y acabé encerrándome en mí mismo. Incluso tratando de controlar la relación con mi mujer». Natacha y él tienen tres hijos, Francesca, Federico y Michela, la primogénita murió nada más nacer, hace once años. La noticia de que esperan un cuarto llega en uno de los momentos más difíciles de su matrimonio. «Empiezas a planificar, tratas de ordenar las cosas... Y sólo consigues empeorarlo». Pero le había pedido a Dios muy seriamente por su relación. «No podía resignarme a que la promesa del matrimonio se perdiese», dice Natacha: «Desde hace dos años clamaba en mi interior: ¡Señor, te echo en falta!».

En aquellos días Natacha está agitada, no duerme pensando en el niño que llega, y una mañana le confiesa a Mirco: «Me siento como si tuviera que atravesar un camino angosto». El diagnóstico tras la ecografía del tercer mes es despiadada: anencefalia. Giacomo, como su hermana Michela, carece de la caja craneal y no vivirá. El ginecólogo sigue hablando, pero ellos ya no le escuchan. Él está dispuesto a fijar la fecha para el aborto. «Conseguimos pararle. Pero yo estaba desesperada. Tenía un terrible sentido de injusticia y no me resultaba nada inmediato continuar con el embarazo». Se aíslan un poco para tomar una decisión, pero todo calla a su alrededor. El primer murmullo de bien surge en el diálogo con el ginecólogo Patrizio Calderoni, que les sugiere que pidan ayuda al arzobispo de Bolonia, mons. Carlo Caffarra. Aunque no están convencidos, van a verlo.

Natacha quiere saber si la vida de un niño que no puede sobrevivir es vida. «Había estrechado entre mis brazos a Michela. ¿Crees que no sabía que era una vida?», dice con ternura. «La verdad es que buscaba una escapatoria». Sin embargo la respuesta de Caffarra le sorprende: «No tenéis fuerzas. El Señor os está pidiendo que corráis, pero tenéis los pies lastimados. Tenéis que pedirle a Él las fuerzas. Yo os

acompaño. Diré cada día una misa por vosotros y cuando me necesitéis estaré aquí. Natacha, pídele a la Virgen el milagro, que entre mujeres os entendáis muy bien». Le sugiere que se ponga ante la cruz y no se pierda en razonamientos, que se abandone, que invoque: ¡Sálvame! Hasta le pone las palabras en la boca. «Es lo que me hacía falta, porque estaba tan enfadada que ni siquiera conseguía rezar».

Cuando salen de la Curia son distintos. Se esperaban un “buen sermón” y en cambio aquel día comienza una amistad imaginable. «Vio nuestra necesidad», dice Mirco: «Gracias a su abrazo supe que me podía fiar». Desde aquel momento, los sostuvo en los momentos más difíciles, en cada decisión, desde cómo llamar al niño o hacer o no cesárea. Esta compañía lo abraza todo. En cada punzada de dolor sucede algo nuevo, «con una iniciativa continua», dice Mirco. Una mañana tiene que volverse del trabajo porque Natacha ha entrado en una crisis, grita y llora. Poco después llega una llamada, Julián Carrón les recibe. «Viajé a Milán segura de que era Cristo que me respondía». Y Mirco añade: «Él quería verificar junto a nosotros que la fe vence en la vida. Me dije: si apuesto por lo que he visto, no perderé». Salen de allí, ya cambiados totalmente. «Nos parecía que veníamos de celebrar nuestra boda». En el tren, de regreso, se miran y hablan como no sucedía desde hacía tiempo.

Es sólo el principio. La ecografía del quinto mes es en color y Natacha ve mejor las malformaciones, más graves de lo previsto. «En aquel momento lo vi claro: Jesús le quiere así. Le ama así. Me derrumbé. Como una niña que entiende que su padre ya ha decidido». El grito se hace cada vez más agudo. «Empecé a pedirle a Jesús sólo que no me abandonase, que todo estuviera lleno de Él». También Mirco necesita gritarle a Dios, y va a ver a Caffarra. «¿Por qué Dios permite esto?». Y él: «Querido Mirco...». «A mí me bastaba con aquel querido, pero él me añadió: “No tengo una respuesta para esto. Nadie en esta tierra puede dártela. Pero lo que estáis experimentando es ya el céntuplo. Sus designios permanecen misteriosos”. No podía responderme. Pero no me abandonó al vacío».

Les ayudó a mirar. Mientras esperan el milagro, sienten un dolor punzante. Pero esperando a Giacomo, su sí se convierte en un camino cada vez más elocuente. Todo empieza a hablar, cuando se vive en el diálogo con el Misterio. La atención de sus amigos, un mensaje que llega, un café en que se va derecho al corazón, o Andrea, que viene a verlos desde Paraguay y que en la estación se arrodilla ante la tripa de Natacha. «Parecía una locura», dice Mirco. «Pero experimenté una extraña correspondencia. Lo entendería mejor meses después».

El llanto. Cuanto más se abre la pregunta más encuentran compañeros de camino. Entre los amigos de siempre y los nuevos. «Hemos experimentado el abrazo de toda la Iglesia», continúa Natacha: «Nos encontramos con mucha gente distinta. Pero cada uno, a su manera, mostraba un rasgo de Jesús». Llega la carta del Papa Francisco, después la del Papa Benedicto... «Habíamos escrito a todo el mundo, sobre todo a los monasterios. Nuestros amigos hacían peregrinaciones. Era

un pueblo unido por una presencia». Esa presencia vendría al mundo dentro de poco. La cesárea estaba prevista para el primero de octubre. «Me daba pena que no se pudiera hacer el dos», dice Natacha. Habría preferido que Giacomo naciese para el Cielo el día de los santos Ángeles Custodios.

Mirco recorre los cien pasos desde el aparcamiento a la maternidad junto a su mujer y el pequeño en el vientre. «Estaba en paz. No podía hacer otra cosa que dar gracias». Entran en el hospital llevando el milagro más grande que hay, como decía don Giussani, «el dolor convertido en agradecimiento». Un agradecimiento que «se vuelve fuente de novedad para el mundo». Natacha toma la comunión y entra en la sala de parto. Fuera sus amigos rezan el Rosario con Mirco. Nace el niño. Y llora: «No nos lo esperábamos». El profesor Guido Cocchi, responsable de Neonatología, todavía está emocionado: «Estábamos esperando que el corazón dejase de latir a los pocos minutos. Una muerte rápida. En cambio Giacomo lloró. Fuerte. Normalmente estos niños no tienen tiempo ni fuerzas para hacerlo. También esperábamos una crisis respiratoria, pero pasan los minutos...». Giacomo vivirá diecinueve horas. Hasta el amanecer del día de los Ángeles Custodios.

Cocchi trabaja en el hospital desde hace 36 años. Ha visto de todo. «Pero esta vez ha sido distinto. Por la reacción de Giacomo y por lo que sucede en torno a él: la colaboración entre todo el personal médico, habitualmente enfrentado, y la nueva forma de acompañar al niño, algo que sucede por primera vez». Después de dos horas durante las que Giacomo patalea y se hace oír, lo llevan con su madre a una habitación sólo para ellos, como suele hacerse habitualmente en todos los nacimientos. Sin separarlos. «Todo fue muy intenso. No por una organización particular, sino simplemente por una presencia que se imponía», cuenta Chiara Locatelli, neonatóloga. Por norma esos niños son llevados a cuidados intensivos. Algunos compañeros tenían dudas de que no hacerlo fuera lo mejor, porque se corre cierto riesgo cuando se toma una decisión “fuera del protocolo”. Para otros era sencillamente absurdo que Giacomo hubiera nacido. Un dolor inútil. Pero cuando entran en la habitación cambian de idea. Simplemente mirando. «Ante la perplejidad de una compañera, le dije: ven conmigo. Cuando entró en la habitación se quedó conmovida. Había una intensidad tan fuerte... Pensé que era la misma que la de la noche de Navidad».

Todos quieren estar allí. Una peregrinación de amigos. Saludan, pero después no se van. Enfermeros y médicos preguntan por el niño, ¿pero está vivo? ¿Cómo está? Mirco no entiende: «¿Por qué es una novedad para todos?». Giacomo sencillamente está allí, llora porque tiene hambre, busca a su mamá, escucha la voz de su papá y de sus dos hermanitos que han venido a conocerlo. «Cuando estábamos los cuatro», dice Mirco, «el dolor, la fatiga de aquellos meses y de los meses anteriores... todo estaba en paz, ante Giacomino». Después de una noche pendiente de él, Natacha se da cuenta de que no respira bien. «Me llamó y corrí para traer morfina», cuenta Locatelli, «pero no llegué a tiempo. Cuando murió, quería dejárselo el mayor tiempo posible entre los brazos... A mí misma me costaba separarme. Y me di cuenta de que hasta el último instante piensas que un milagro es que suceda lo que tú quieres». En cambio Natacha se lo da, segura, llorando: «Él está ya donde debe estar». Después de dos meses sigue preguntándose qué veía la gente en esa habitación. «Giacomo vino entre nosotros para decirnos: yo existo y soy amado como

soy. Todos hemos tenido que hacer cuentas con esto. Durante muchos meses le he pedido al Señor que me mostrase su ternura y su potencia. Estas dos palabras, siempre. Y me ha escuchado. Ha trasfigurado la realidad». Giacomo ha conquistado el mundo en torno a él, ha generado humanidad sin saberlo, sin quererlo, como los pequeños santos inocentes de Péguy.

«¿Dónde estaba hasta hoy?». Cuando algunas horas después entran en la habitación la jefa de sala, la comadrona y el responsable de la sala de partos, Mirco y Natacha se alarman. «Venimos a daros las gracias. Nuestro trabajo ha cambiado. Vamos a escribir a la dirección sanitaria para empezar un “proyecto Giacomo”...». Algo inconcebible en un lugar donde se piensa que la única forma de cuidar a un enfermo es sanarlo. «Desde hace tiempo con algunos compañeros estábamos estudiando la manera de proponer la unidad de cuidados paliativos», cuenta Calderoni: «La presencia de Giacomo ha superado nuestros proyectos. Y me hace desear tener los ojos cada vez más abiertos. Porque Jesús pasa a mi lado todos los días».

Maria Antonietta Graziano, la jefa de sala, quiere que la experiencia que han vivido con Giacomo se convierta en un método. «Ese día todo sucedió de manera extraordinaria, pero espontánea. Natural». Es matrona desde hace 33 años. Jamás se ha encontrado con el problema de un niño como Giacomo, que normalmente son trasladados al cuidados de otros equipos. Pero cuando sabe que la madre no quiere separarse de su hijo, se muestra disponible. Es un torrente: «Ver la sonrisa de aquella mujer. No se ha lamentado una sola vez, nunca ha desfallecido. No ha dicho nada. Ha cogido a su niño de la mano y lo ha llevado a la otra vida. ¡Fíjate que se puede huir de la muerte! ¿Sabe usted que en un determinado momento me olvidé de que el niño tenía una patología? Ha sido hermosísimo... Mis compañeros y yo hemos podido decir sí». ¿En qué sentido? «Me dije: ¿dónde estaba yo hasta hoy? Me he dado cuenta de que he permanecido en el anonimato hasta el día anterior, ¿me entiende?». Dice que se ha despertado «de un sueño», en que no se había dado cuenta que estaba: «Me ha abierto los ojos. Y una nueva frontera de trabajo».

Mirco se arrodilla en el cementerio pensando en Andrea, la amiga de la estación. Ella «había entendido que Jesús estaba visitándonos». Hecha de menos a su hijo. «Pero cuando pienso en él, pienso en dónde quiere aferrarse mi corazón». Al cabo de unos días, Natacha se da cuenta de que se están acomodando a la rutina anterior y tiene miedo. «¿Todo esto ha cambiado al mundo y no nos cambia a nosotros? Pero es un hecho y basta con mirarlo. Mi necesidad ahora es más grande, mucho más, precisamente porque he visto lo que es verdadero».

Mirco habla de cómo vacila en el día a día; no es que ahora vea la realidad desde un plano más elevado. «La necesidad que tenía antes de todo esto era una: ser libre. Es la misma que cuando supe de Giacomo y ahora. El hecho es que he visto que el Señor me ha tomado en mi límite, me ha dado su abrazo carnal y me ha dicho: “Conmigo puedes serlo”». Como en el recordatorio de Giacomo, un detalle del Juicio Universal de Beato Angélico, en que un ángel custodio acoge en el Cielo a su protegido y lo abraza como si lo esperase desde siempre. Tal y como están juntos ya ahora.